



Las rarezas de Kuchlik

Svitlana Honcharenko



VI CONCURSO DE RELATOS CORTOS DEL SERVICIO DE APRENDIZAJE DEL IDIOMA DE CEAR

Era tarde y en el pequeño pueblo no pasaba nada. Al borde de un hermoso bosque había una pequeña cabaña. Allí vivía un niño llamado Kuchlik. Era un niño bueno y curioso, pero estaba muy solo. No tenía hermanos ni amigos, y sus padres siempre trabajaban. A Kuchlik le gustaba contar historias. Decía que podía volar por el mundo y visitar otros países. Pero nadie le creía, por eso los otros niños no querían ser sus amigos.

Un día, cuando estaba aburrido, abrió un libro con fotos de muchos países. Miró las imágenes y leyó sobre lugares donde nunca había estado. Uno de esos países era Ucrania. El niño miró las fotos con mucha atención y pensó: «Quiero ir allí». De repente, una luz brillante salió del libro. Kuchlik cerró los ojos y empezó a volar. Voló durante mucho tiempo, hasta

que llegó a un lugar nuevo. El cielo era muy azul y había un gran campo de trigo dorado. Todo era muy bonito.

Mientras volaba por algunas ciudades, vio una reunión en un pequeño pueblo, junto al cementerio. Muchas personas estaban juntas celebrando una tradición ucraniana. Había largas mesas con mucha comida, música y canciones. La gente hablaba y recordaba a sus familiares que ya no estaban. Kuchlik miraba todo con curiosidad. Una mujer del pueblo vio al niño solo y se acercó a hablar con él. Kuchlik le contó que en su país la gente pensaba que era un niño extraño y que no tenía amigos. La mujer escuchó con atención y luego le dijo:

—En lo profundo del bosque crece una flor especial.

Brilla como el oro y da luz a las personas. Pero está en la parte más oscura del bosque. Allí viven animales extraños que protegen la flor: lobos con pelo azul; zorros con nueve colas, llamados kumihos, que fueron enviados por espíritus coreanos específicamente para proteger esta flor; aves depredadoras que beben sangre; liebres con cabeza de avispa y con escamas, etc. Lamentablemente, es tan especial que no es fácil encontrarla.

Después de decir esto, la mujer se fue. Kuchlik pensó mucho en esas palabras. Él quería tener una vida normal y amigos, por eso decidió buscar la flor. Esa misma noche entró en el bosque. Caminó despacio entre los árboles. Vio flores muy bonitas que brillaban bajo la luz de la luna. También vio animales curiosos que parecían bailar. Todo era extraño y maravilloso.

De repente vio unos lobos. Los lobos empezaron a rugir y parecían peligrosos. Kuchlik tenía miedo, pero miró sus ojos y vio tristeza y soledad. Entonces extendió la mano y abrazó a los lobos con cuidado.

—También son seres vivos —pensó—. Ellos también necesitan amor.

Los lobos se quedaron tranquilos y poco a poco se durmieron. Más tarde Kuchlik vio la flor de la que le habló la mujer. Brillaba en la oscuridad. El niño pensó en cogerla, pero dudó.

—Si tomo la flor —pensó—, ¿qué pasará con el

bosque?

Miró a los animales que estaban cerca y comprendió algo importante: la flor daba vida y luz a todo el bosque, por lo que decidió dejarla en su lugar.

Kuchlik miró la flor una última vez antes de irse. En ese momento recordó el cielo azul y los grandes campos de trigo dorado que había visto cuando llegó a Ucrania. Entonces sonrió.

—Te llamaré Stepá —dijo en voz baja.

Ese nombre le recordaba a las grandes estepas, a los campos abiertos donde la tierra y el cielo parecen tocarse. Le parecía un nombre lleno de luz, igual que la flor. Kuchlik se despidió en silencio y caminó de vuelta a casa. No le contó a nadie lo que había visto ni lo que había aprendido aquella noche, pero desde ese día su corazón ya no se sentía tan solo.

Y mientras el niño crecía, en lo profundo del bosque la pequeña flor seguía brillando: la flor Stepá, una luz silenciosa que recordaba al mundo que incluso en la oscuridad más profunda siempre puede crecer algo hermoso.

